

chas, y observando cual de ellas se acomodaba mejor á su intento. Terminada la parte que á cada uno tocaba, se reunian todos para juntarlas, y formar el cuadro entero. Si se hallaba alguna imperfeccion, se volvía á trabajar hasta hacerla desaparecer. Tomaban las plumas con cierta sustancia blanda para no maltratarlas, y las pegaban á la tela con *tzahutli*, ó con otra sustancia glutinosa: despues unian todas las partes sobre una tabla, ó sobre una lámina de cobre, y las pulian suavemente hasta dejar la superficie tan igual y tan lisa, que parecia hecha á pincel.

Tales eran las representaciones ó imágenes que tanto celebraron los españoles y otras naciones de Europa, sin saber si en ellas era mas admirable la viveza del colorido, ó la destreza del artífice, ó la ingeniosa disposicion del arte. “Obras, dice el P. Acosta, justamente encomiadas: siendo cosa maravillosa, cómo podian hacerse con plumas de pájaros, dibujos tan finos y delicados, que parecian hechos con pincel; bien que ni el pincel ni la pintura artificial pueden imitar la viveza y el esplendor que en ellos se veia. Algunos indios, sobresalientes en este arte, imitan con tanta exactitud, por medio de las plumas, las obras del pincel, que no ceden á los mejores pintores de España. Al príncipe de España, D. Felipe, regaló su maestro tres pequeñísimas imágenes, para que le sirvieran de registro en su Diurno: su alteza las enseñó al rey D. Felipe II de este nombre, su padre; y habiéndolas considerado su magestad, dijo que jamas habia visto en tan pequeñas figuras, trabajo mas escelente. Habiéndose tambien presentado al papa Sisto V otro cuadro mayor de San Francisco, y díchole que era obra hecha de plumas por los indios, quiso Su Santidad tocarlo, para asegurarse que no era pintura, pareciéndole cosa maravillosa que estuviese tan bien ajustada y lisa, que los ojos no sabian distinguir si los colores eran artificialmente dados con el pincel, ó naturales de las plumas con que estaba construida. La union que hace el verde con

el naranjado ó dorado, y otros varios colores, es hermosísima, y mirada la imagen á otra luz, los mismos colores parecen amortiguados.” Los Mexicanos gustaban tanto de estas obras de pluma, que las estimaban en mas que el oro. Cortés, Bernal Diaz, Gomara, Torquemada y todos los otros historiadores que las vieron, no hallan expresiones con que encomiar bastantemente sus perfecciones (1). Poco tiempo ha vivia en Pátzcuaro, capital del reino de Michuacan, donde mas que en ninguna otra parte floreció el arte de que vamos hablando, el último artífice de mosaico que quedaba, y con él habrá acabado, ó estará para acabar un ramo tan precioso, aunque hace dos siglos no se cultiva con la perfeccion que supieron darle los antiguos. Consérvanse hasta ahora algunos restos en los museos de Europa, y muchos en México; pero pocos, segun creo, del siglo XVI, y ninguno, que yo sepa, anterior á la conquista. Tambien hacian un mosaico de conchillas, que hasta nuestros dias se ha conservado en Guatemala.

A imitacion de aquellos eminentes artistas, habia otros que con diversas flores y hojas formaban para las fiestas hermosos dibujos, sobre esteras de diferentes clases. Despues de la propagacion del Evangelio, los hacian para adornos de los templos cristianos, y eran muy estimadas de la nobleza española, por la singular belleza de su artificio. En la actualidad hay muchas personas en aquel reino, que se emplean en imitar los mosaicos de pluma del modo que he dicho; pero sus obras no pueden compararse de ningun modo á las de los antiguos.

[1] Juan Lorenzo de Anagnia, docto italiano del siglo XV, hablando en su *Cosmografia* de estas imágenes de los Mexicanos, dice: “Entre otras me ha causado gran admiracion un San Gerónimo con su crucifijo y un leon, que me enseñó la señora Diana Loreda, tan notable por la hermosura y viveza de los colores, y por el arte con que estaban distribuidos, que creo no haber visto cosa semejante, no diré mejor, en los antiguos ni en los mejores pintores modernos.”

ARQUITECTURA DOMESTICA.

Un pueblo tan industrioso en los trabajos de curiosidad y lujo, no podia carecer de los que son necesarios á la vida. La arquitectura, que es una de las artes inspiradas por la necesidad desde el principio de las sociedades, fué conocida y practicada por los habitantes del pais de Anáhuac, á lo ménos desde la época de los Toltecas. Los Chichimecas, sus sucesores, los Acolhuas, y todas las otras naciones de los reinos de Acolhuacan, de México, de Michuacan, de la república de Tlaxcala, y de las otras provincias, escepto los Otomites, fabricaron casas, y formaron ciudades desde tiempo inmemorial. Cuando los Mexicanos llegaron á aquellos paises, los encontraron cubiertos de grandes y bellas poblaciones. Ellos, que ántes de salir de su patria, eran ya muy inteligentes en arquitectura, y estaban acostumbrados á la vida social, construyeron durante su larga romería, muchos edificios, en los puntos donde se detenian algunos años. Consérvanse restos de ellos, como ya he dicho, á las orillas del rio Gila, en la Pimería, y cerca de la ciudad de Zacatecas. Reducidos despues á la mayor miseria en las orillas del lago texcocano, construyeron humildes cabañas de cañas y fango, hasta que con el comercio de la pesca pudieron adquirir mejores materiales. A medida que crecían su poder y su riqueza, se aumentaban y mejoraban sus edificios: hasta que llegaron los conquistadores, y hallaron mucho que admirar, y no ménos que destruir.

Las casas de los pobres eran de cañas y de ladrillos crudos, ó de piedra y fango, y el techo de un heno largo y grueso, que es muy comun en aquellos campos, particularmente en las tierras calientes; ó de hojas de maguey, puestas unas sobre otras, á guisa de tejas, á las que se parecen ademas en el grueso y en la figura. Una de las columnas ó apoyos de estos edificios solia ser un árbol de proporcionadas dimensiones, el cual, ademas del recreo que les proporcionaba su frondosidad, solia ahorrarles algun gasto y

trabajo. Ordinariamente estas casas no tenian mas que un piso, donde estaban el hogar y los muebles, y en que residian la familia y los animales. Si la familia no era tan pobre, habia otras dos ó tres piezas, un *ayauhcalli*, ú oratorio, un *temazcalli*, ó baño, y un pequeño granero.

Las casas de los señores y de la gente acomodada, eran de piedra y cal: tenian dos pisos, con sus salas y cámaras bien distribuidas, y sus patios; el techo llano, de buena madera, bien labrado, y con azotea; los muros tan blancos, bruñidos y relucientes, que los primeros españoles que los vieron de léjos, los creyeron de plata; el pavimento de una mezcla igual y lisa.

Muchas de estas estaban coronadas de almenas; tenian torres, y á veces un jardin con estanque, y calles trazadas con simetría. Las casas grandes de la capital tenian por lo comun dos entradas: la principal que daba á la calle, y otra al canal. En ellas no tenian puertas de madera, creyendo sin duda que sus habitaciones no necesitaban de otra custodia que la severidad de las leyes; mas para evitar la vista de los pasajeros, cubrian la entrada con cortinas, y junto á ellas suspendian algunos pedazos de vasija, ú otra cosa capaz de avisar con su ruido á los de casa, cuando alguno alzaba la cortina para entrar. A ninguno era lícito entrar sin el beneplácito del dueño. Cuando la necesidad, ó la urbanidad, ó el parentesco, no justificaban la entrada del que llegaba á la puerta, allí se le escuchaba, y prontamente se le despedia.

Supieron los Mexicanos fabricar arcos y bóvedas (1), como consta por las pinturas, y como se ve en sus baños, en las ruinas del pa-

[1] Torquemada dice que cuando los españoles construyeron una bóveda en la primera iglesia de México, los Mexicanos, asombrados, no querian entrar en ella, temerosos de que se desplomase; pero si en realidad tuvieron algun temor, no fué seguramente de la bóveda, de que, como ya hemos dicho, usaban en sus edificios, sino de alguna otra circunstancia que intervino en su construccion, y que probablemente seria nueva para ellos.

lacio real de Texcoco, y en los otros edificios que se preservaron del furor de los conquistadores. También hacían uso de las cornisas y de otros adornos de arquitectura. Gustaban de otros que labraban en la piedra, y en torno de las puertas y ventanas, á manera de lazos, y en algunos edificios había una gran sierpe de piedra, en actitud de morderse la cola, después de haber girado el cuerpo, en torno de todas las ventanas de la casa. Los muros eran derechos y perpendiculares, aunque no sabemos de qué instrumento se servían para su construcción, porque el descuido de los historiadores nos ha privado de datos sobre este y otros puntos curiosos, relativos á sus artes. Algunos creen que los albañiles de aquellos países, cuando alzaban un muro, amontonaban tierra por uno y otro lado, aumentando estos montones. á medida que el muro se alzaba, de modo que cuando se concluía, se hallaba como enterrado y cubierto por la tierra que se había amontonado; con lo que no necesitaban de andamios. Pero si bien es cierto que este modo de fabricar haya estado en uso entre los Mixtecas y otras naciones de aquellos países, no creo que lo practicasen los Mexicanos, atendida la suma prontitud con que terminaban sus edificios. Sus columnas eran cilíndricas ó cuadradas, pero no sabemos que tuviesen bases ni chapiteles. Ponían particular empeño en tenerlas de una sola pieza, y tal vez las adornaban con figuras de bajo relieve. Los cimientos de las casas grandes de la capital, se echaban, por causa de la poca solidez de aquel terreno, sobre un plano de gruesas estacas de cedro, clavadas en tierra, como después han seguido haciendo los españoles. El techo de estas casas era de cedro, de abeto, de ciprés, de pino ó de oyametli; las columnas, de piedra ordinaria, y en los palacios, de mármol y aun de alabastro, que algunos españoles creyeron jaspe. Antes del reinado de Ahuitzotl, los muros eran de piedra común; pero habiéndose descubierto en su tiempo las canteras de *tetzontli*, á orillas del lago mexicano, se adoptó esta como la más

idónea para los edificios de la capital, porque es dura, ligera y porosa, como una esponja, y la cal se une á ella fortísimamente. Por esta razón, y por su color, que es un rojo oscuro, se prefiere aun en la época presente. Los empedrados de los patios y de los templos eran por lo común de piedra de Tenayocan; pero había otros hechos con pedazos de mármol y de otras piedras finas.

Por lo demás, aunque los Mexicanos no hayan tenido un gusto arquitectónico, comparable al de los europeos, no es ménos cierto que los españoles quedaron tan sorprendidos y admirados al ver los palacios reales de México, que Cortés, en sus Cartas á Carlos V, no hallando expresiones con que encajarlos, le decía: "Tenía (Moteuczoma) dentro de la capital, casas tan grandes y maravillosas, que no puedo dar á entender de otro modo su excelencia y grandeza, sino es diciendo, que no las hay iguales en España." Las mismas expresiones usa Cortés en otros lugares de sus Cartas, el conquistador anónimo en su apreciable relación, y Bernal Díaz en su sincerísima historia. Los tres eran testigos oculares.

ACUEDUCTOS Y CAMINOS SOBRE EL LAGO. RUINAS.

Construyeron también los Mexicanos, para comodidad de las poblaciones, muchos y buenos acueductos. Los que conducían el agua á la capital desde Chapoltepec, que distaba dos millas, eran dos, hechos de piedra y mezcla, de cinco piés de alto, y de dos pasos de anchura, construidos sobre un camino abierto á propósito, por los cuales llegaba el agua hasta la entrada de la ciudad, y de allí se distribuía por conductos menores en muchas fuentes, y particularmente en las de los palacios reales. Aunque los acueductos eran dos, el agua solo pasaba por uno á la vez, y entre tanto componían el otro, para que el agua estuviese siempre limpia. Aun se ve en Tezcutcinco, antiguo sitio de recreo de los reyes de Texcoco, el acueducto por donde pasaba el agua á los jardines reales.

El mencionado camino de Chapoltepec, como los otros construidos sobre el lago, y de que he hablado anteriormente, son monumentos innegables de la industria de los Mexicanos; pero más luce en el suelo mismo de su capital, pues si en otras partes los arquitectos no tienen más que hacer que echar los fundamentos y alzar el edificio, allí fué necesario formar el terreno en que se había de edificar, uniendo con terraplenes muchas islas separadas. Además de esta gran tarea, tuvieron la de construir diques y murallones en varios puntos de la ciudad, para mayor seguridad de la población. Pero si en estas empresas se descubre la industria de los Mexicanos, en otras brilla su magnificencia. Entre los monumentos de la antigua arquitectura, que aun quedan en el imperio mexicano, son muy célebres los edificios de Mictlan en la Mixteca, en los que hay cosas maravillosas, y entre otras una gran sala cuyo techo está sostenido sobre varias columnas cilíndricas de piedra, de ochenta piés de altura, y cerca de veinte de circunferencia, cada una de una pieza.

Pero ni esta ni ninguna otra de las ruinas que se conservan de la antigüedad mexicana, pueden compararse con el famoso acueducto de Cempoallan. Esta gran obra, digna de rivalizar con las mayores de Europa, fué construida á mitad del siglo XVI. Dirigióla, sin saber siquiera los principios de la arquitectura, el misionero franciscano Francisco Tembleque, y ejecutáronla con suma perfección, los Cempoaltecas. Movidó á piedad aquel insigne religioso por la escasez de agua que padecían sus neófitos, pues la que habían recogido en pozos había sido consumida por los ganados de los españoles, se propuso socorrer á toda costa la necesidad de aquellos pueblos. El agua estaba demasiado lejos, y el terreno por el cual debía pasar, era desigual y montuoso; pero todos los obstáculos cedieron al celo activo del misionero, á la industria y fatiga de los indios. Hicieron, pues, un acueducto de piedra y cal, de treinta y dos millas de

largo, por causa de las vueltas que tuvo que dar en los montes (1). La mayor dificultad consistió en tres grandes barrancos ú hondonadas que se hallaban en el camino. Superóse, sin embargo, por medio de tres puentes: el primero de cuarenta y siete arcos; el segundo de trece, y el tercero, que es el mayor y el más admirable, de sesenta y siete. El arco mayor, que es el de en medio, situado en la mayor profundidad, tiene ciento diez piés geométricos de alto, y sesenta y uno de ancho; así que, podría pasar por debajo un gran navío. Los otros sesenta y seis arcos, situados á una y otra parte de aquel, van disminuyendo por los dos lados, hasta llegar al borde del barranco, y poner el acueducto al nivel del terreno. Este gran puente tiene de largo tres mil ciento setenta y ocho piés geométricos. Cinco años se emplearon en su construcción, y diez y siete en la de todo el acueducto. No me parece importuna en mi Historia la descripción de esta soberbia fábrica; porque si bien fué emprendida por un español después de la conquista, fué ejecutada por Cempoaltecas que sobrevivieron á la ruina de su imperio.

El ignorante autor de las *Indagaciones Filosóficas* [*des Recherches Philosophiques*] niega á los Mexicanos el conocimiento y el uso de la cal; pero consta por el testimonio de todos los historiadores de México, por la matrícula de los tributos, y sobre todo, por los edificios antiguos que aun existen, que todas aquellas naciones hacían de la cal el mismo uso que los europeos. El vulgo de aquellos países cree que los Mexicanos mezclaban huevos con la cal para darle más tenacidad; más este es un error, ocasionado por el color amarillento de las paredes antiguas. Consta igualmente por el dicho

[1] Torquemada dice que el largo del acueducto era de 160,416 piés de *marca*, "que son, añade, más de quince leguas;" pero si habla, como parece, de piés geométricos, son solamente 32 millas y 83 piés, ó poco más de 11 leguas. Si hablase de piés toledanos, sería algo ménos; pues este es el geométrico como 1240 á 1417.

de los primeros historiadores, que tambien se servian de ladrillos cocidos, y que se vendian, como otras muchas cosas, en el mercado.

PICAPEDREROS, JOYISTAS Y ALFAHAREROS.

Los picapedreros, que cortaban y trabajaban la piedra para los edificios, no se servian de picas de hierro, sino de unos instrumentos de piedra muy dura; sin embargo, hacian relieves y adornos. Pero mas que estos trabajos, ejecutados sin el uso del hierro, causan asombro las piedras de estupendo tamaño y peso que se hallaron en la capital, trasportadas de muy léjos, y colocadas en lugares altos, sin el auxilio de los recursos que ha inventado la mecánica. Ademas de la piedra comun, trabajaban el mármol, el jaspe, el alabastro, el itzli y otras piedras finas. Del itzli hacian espejos guarnecidos de oro, y aquellas escelentes navajas que empleaban en sus espadas, y de las que se servian tambien sus barberos. Hacíanlas con tal prontitud, que en una hora fabricaban ciento. El método de que se valian se halla descrito en las obras de Hernández, Torquemada y Betancourt.

Los joyistas mexicanos, no solo tenian conocimiento de las piedras preciosas, sino que sabian pulirlas, labrarlas y cortarlas, dándoles cuantas figuras querian. Los historiadores aseguran que estos trabajos se hacian con una especie de arena; pero lo cierto es que no era posible hacerlos sin algun instrumento de piedra, ó del cobre duro que hay en aquellos paises. Las piedras preciosas que mas usaban los Mexicanos eran las esmeraldas, las amatistas, las cornerinas, las turquesas, y otras desconocidas en Europa. Las esmeraldas eran tan comunes, que no habia señor que no poseyese un gran número de ellas; y ninguno se enterraba, sin tener una colgada al labio, para que le sirviese de corazón, segun ellos decian. Fueron infinitas las que se enviaron á la corte de España, en los primeros años despues de la conquista. Cuando Cortés volvió por primera vez á España, trajo consigo, entre otras joyas inestimables, cinco esmeraldas,

que segun asegura Gomara, que vivia á la sazón, fueron apreciadas en cien mil ducados, y por una de ellas querian darle cuarenta mil ciertos mercaderes genoveses, para venderla al gran señor (1); y ademas dos vasos de esmeralda, apreciados, segun Mariana, en trescientos mil ducados, y que el mismo Cortés perdió en el naufragio que hizo en la desgraciada expedicion de Carlos V contra Argel. En el dia no se trabajan aquellas piedras, ni aun se sabe de donde las sacaban los antiguos; pero subsisten enormes pedazos de esmeralda, como un ara que hay en la catedral de la Puebla de los Angeles, y otra en la iglesia parroquial de Quechula, (si no es la misma que aquella) que tenian sujeta con cadenas de hierro, como dice Betancourt, para mas seguridad.

Los alfareros hacian con barro, no solo toda especie de vajilla necesaria para los usos domésticos, sino otros trabajos de pura curiosidad, que pintaban de varios colores; pero no consta que conociesen el vidrio. Los mas famosos alfareros eran los de Cholula, cuyas obras eran muy apreciadas por los españoles. En el dia son famosos los de Cuauhtitlan.

CARPINTEROS, TEJEDORES &C.

Los carpinteros trabajaban muy bien toda clase de madera, con sus instrumentos de cobre, de los cuales aun se ven algunos.

Las fábricas de toda especie de tela eran

(1) Una de las esmeraldas de Cortés tenia la forma de una rosa; otra la de una corneta; otra la de un pez con los ojos de oro; otra era una campanilla, con una perla fina en lugar de badajo, y en la orla esta inscripcion en letras de oro: *Bendito quien te crió*. La mas preciosa, por la cual querian dar los genoveses los 40,000 ducados, era una copa con el pié de oro, y cuatro cadenillas del mismo metal, que se unian en una perla á guisa de boton. La orla era un anillo de oro, con esta inscripcion: *Inter natos mulierum non surrexit major*. Estas cinco piedras, trabajadas por los Mexicanos de orden de Cortés, fueron regaladas por él á su segunda mujer, la noble Señora Doña Juana Ramirez de Arellano y Zuñiga, hija del conde de Aguilar: "Joyas, dice Gomara que las vió, superiores á cuantas tenian las señoras españolas."

muy comunes en todos aquellos paises, y esta era una de las artes mas propagadas en ellos. Carecian de lana, de seda comun y de cáñamo; pero suplían la lana con algodón; la seda, con pluma, con pelo de conejo y de liebre, y el cáñamo con ixcoatl ó palma silvestre, y con diferentes especies de maguey. Del algodón hacian telas gruesas, y otras tan finas y delicadas como la Holanda. Estas últimas fueron, con razon, apreciadas por los españoles. Pocos años despues de la conquista se llevó á Roma un traje sacerdotal de los Mexicanos, que, segun afirma Boturini, causó general admiracion en aquella corte, por su finura y escelencia. Tejian estas telas con figuras de diversos colores, que representaban flores y animales. Con plumas tejidas en el mismo algodón hacian capas, colchas, tapetes, cotas, y otras piezas no ménos suaves al tacto que hermosas á la vista. He visto algunos hermosos mantos de esta especie, que hasta ahora conservan varios señores del pais, y los usan en las fiestas extraordinarias, como en la coronacion del rey de España. Tambien tejian con algodón el pelo mas sutil del vientre de los conejos y de las liebres, despues de teñido é hilado, resultando una tela blandísima con que los señores se vestian en invierno. De las hojas de dos especies de maguey, llamadas *pali* y *quetzalichtli*, sacaban un hilo delgado, para hacer telas equivalentes á las de lino: de las de otras especies de la misma planta, y de la palma silvestre, otro hilo mas grueso, semejante al cáñamo. El modo que tenian de preparar estos materiales, era el mismo que los europeos emplean para sus dos hilazas favoritas: maceraban las hojas en agua, las limpiaban, las ponian al sol, y separaban el hilo, hasta ponerlo en estado de poder hilarlo.

De las mismas hojas de palma silvestre, y de las de otra especie, llamada *izhuatl*, hacian finísimas esteras de varios colores. En otras empleaban el junco que nace abundantemente en aquel lago.

Del hilo de maguey se servian tambien para cuerdas, zapatos y otros utensilios.

Curtian bastante bien las pieles de los cuadrúpedos y de las aves, dejándoles unas veces el pelo y la pluma, ó quitándoselos, segun el uso que de ellas querian hacer.

Finalmente, para dar alguna idea del gusto de los Mexicanos en las artes, me parece oportuno trascribir la lista de los primeros regalos que envió Cortés á Carlos V, á los pocos dias de su llegada al territorio de México (1).

LISTA DE LAS CURIOSIDADES ENVIADAS POR CORTES A CARLOS V.

Dos ruedas de diez palmos de diámetro: una de oro con la imágen del sol, y otra de plata con la de la luna; formadas una y otra de hojas de aquellos metales, con muchas figuras de animales, y otras de bajo relieve, trabajadas con singular artificio. La primera seria probablemente la figura del siglo, y la segunda la del año, segun lo que dice Gomara, aunque no lo asegura.

Un collar de oro, compuesto de siete piezas, con ciento ochenta y tres pequeñas esmeraldas engarzadas, y doscientas treinta y dos piedras semejantes al rubí. Pendian de ella veintisiete campanillas de oro, y algunas perlas.

Otro collar de oro de cuatro piezas, con ciento y dos piedras como rubíes, ciento setenta y dos esmeraldas, diez hermosas perlas engarzadas, y veintiseis campanillas de oro. "Estos dos collares, dice Gomara, eran dignos de verse, y tenian otras preciosidades ademas de las referidas."

Un morrion de madera cubierto de oro, guarnecido de piedras, con veinticinco campanillas de oro que de él pendian; y en lugar de penacho, un pájaro verde con los ojos, los piés y el pico de oro.

Una celada de oro cubierta de pedrería, de la que pendian algunas campanillas.

Un brazaletes de oro muy fino. Una vara

(1) Esta lista es copiada de la Historia de Gomara, que vivia á la sazón en España, omitiendo algunos objetos poco importantes, y apartándome del orden segun guiado por aquel autor.

4 guisa de cetro, con dos anillos de oro en las dos estremidades, guarnecidos de perlas.

Cuatro tridentes adornados con plumas de varios colores, con las puntas de perlas, atadas con hilo de oro.

Muchos zapatos de piel de ciervo, cocidos con hilo de oro, y con las suelas de piedra itzli, blanca y azul, y muy sutiles. Gomara no dice espresamente que la piedra fuese itzli; pero se infiere de su descripcion. Es probable que estos zapatos no se hacian sino por curiosidad, aunque tambien puede ser que los usasen los señores cuando iban en litera, como solian hacerlo.

Una rodela de madera y cuero, con campanillas pendientes al rededor, y en medio una lámina de oro, en que se veia esculpida la imágen del dios de la guerra, entre cuatro cabezas de leon, de tigre, de águila y de buho, representadas al vivo, con sus pieles y sus plumas.

Muchas pieles curtidas de cuadrúpedos y aves, con su pluma y pelo.

Veinticuatro rodelas, bellas y curiosas, de oro, de plumas y de perlas menudas, y otras cinco solo de plumas y plata.

Cuatro peces, dos patos y otros pájaros de oro fundidos.

Dos lagartos de oro, y un gran cocodrilo revestido de hilo del mismo metal.

Un espejo grande guarnecido de oro, y muchos pequeños. Muchas mitras y coronas de plumas y oro, adornadas de piedras y perlas.

Muchos penachos, grandes y hermosos, de plumas de varios colores, con adornos de oro y de piedras pequeñas.

Muchos abanicos de oro y plumas, ó de plumas solas de diversas hechuras; pero todos hermosísimos.

Una capa grande de algodón y de plumas de varios colores, con una rueda negra en medio, con sus rayos.

Muchas capas de algodón, enteramente blancas; ó blancas y negras, de cuadros; ó rojas, verdes, amarillas y azules, peludas por fuera, como felpa, y por dentro lisas y sin color.

Muchas camisolas, jubones, pañuelos, colchas, cortinas y tapetes de algodón.

Todos estos objetos eran, segun dice Gomara, mas preciosos por su artificio, que por su materia. "Los colores del algodón, añade, eran bellísimos, y los de las plumas eran naturales. En cuanto á los renglones de fundicion, nuestros artífices no podian comprender cómo habian sido ejecutados." Este regalo, que era parte del que hizo Mo-teuczoma á Cortés, pocos dias despues de haber desembarcado este en Chalchiuhcucan, fué enviado por el conquistador á Carlos V, en julio de 1519, y este fué el primer oro y la primera plata que el Nuevo-Mundo envió al antiguo: pequeño ensayo de los inmensos tesoros que debia enviar en el porvenir.

CONOCIMIENTO DE LA NATURALEZA; MEDICINA.

De todas las artes practicadas por los Mexicanos, la medicina fué la que ménos llamó la atencion de los historiadores españoles, aunque pertenece esencialmente al conocimiento de aquellos pueblos. Los escritores de que hemos hablado, se contentan con decir que los médicos mexicanos tenian un gran conocimiento de las yerbas, y que con ellas hacian curas maravillosas; pero sin especificar los progresos que hicieron en una ciencia tan provechosa al género humano. Sin embargo, no puede dudarse que las mismas necesidades que obligaron á los griegos á formar una coleccion de experimentos y observaciones sobre la naturaleza de las enfermedades, y sobre la virtud de los medicamentos, condujeron igualmente á los Mexicanos al estudio de estas dos partes esencialísimas de la medicina.

No sabemos que se valiesen de sus pinturas, como los griegos de sus escritos, para comunicar sus luces á la posteridad. Los profesores de medicina instruian á sus hijos en el carácter, y en las variedades de las dolencias á que está sometido el cuerpo humano, y en el conocimiento de las yerbas que la Divina Providencia ha criado para su

remedio, cuyas virtudes habian sido esperimentadas por sus mayores. Enseñábanles el modo de distinguir los diferentes grados de la misma enfermedad, de preparar las medicinas, y de aplicarlas. De todo esto nos ha dejado pruebas convincentes el Dr. Hernandez, en su Historia Natural de México (1). Aquel docto y laborioso escritor tuvo siempre por guia á los médicos mexicanos en el estudio de la naturaleza, que hizo en aquel vasto imperio. Ellos le dieron á conocer mil y doscientas plantas con sus propios nombres mexicanos, doscientas y mas especies de pájaros, y un gran número de cuadrúpedos, de reptiles, de peces, de insectos y de minerales. De esta apreciabilísima, aunque imperfecta Historia, podria formarse un cuerpo de medicina práctica para aquel reino, como la formaron en efecto el Dr. Farfan en su libro de *Curaciones*, el admirable anacoreta Gregorio Lopez y otros célebres médicos: y si desde entónces en adelante no se hubiera descuidado el estudio de la naturaleza, ni hubiera sido tan grande

(1) El Dr. Hernandez, siendo médico de Felipe II, y muy famoso por las obras que publicó sobre la Historia Natural de Plinio, fué enviado por aquel monarca á México para examinar las producciones naturales de aquel pais. Empléose en aquella tarea, con otros doctos naturalistas, y por espacio de muchos años, valiéndose de las luces de los médicos mexicanos. Su obra, digna de los 60,000 ducados que en ella se gastaron, constaba de 24 libros de historia, y 11 tomos de excelentes pinturas de plantas y animales; pero creyéndola el rey demasiado voluminosa, mandó compendiarla á un médico napolitano, Nardo Antonio Recchi. Este compendio se publicó en lengua española en México por el dominicano Francisco Jimenez, en 1615, y despues en Roma en latin por los académicos Linceos, en 1651, con notas y disertaciones erúditas, pero demasiado largas y fastidiosas. Los manuscritos de Hernandez se enviaron á la biblioteca del Escorial, y de ellos tomó el P. Nieremberg una gran parte de lo que escribió sobre la historia natural, como él mismo confiesa. El P. Claudio Clemente, jesuita frances, hablando sobre los manuscritos de Hernandez, dice así: "Qui omnes libri et commentarii, si pro ut affecti sunt, ita forent perfecti, et absoluti, Philippus Secundus, et Franciscus Hernandus, haud quaquam Alexandro et Aristoteli hac in parte concederent."

la prevencion en favor de todas las cosas ultramarinas, se hubieran ahorrado los habitantes de México una gran parte de las sumas que han gastado en drogas de Europa y Asia, y hubieran sacado mucha ventaja de los productos de su pais.

A los médicos mexicanos debe la Europa el tabaco, el bálsamo americano, la goma copal, el liquidámbar, la zarzaparrilla, la tecamaca, los piñones purgantes, y otros simples que han sido y son de gran uso en la medicina; pero hay infinitos de que carece la Europa por la ignorancia y el descuido de los traficantes.

Ademas de los purgantes que hemos nombrado, y otros, hacian grandísimo uso del Michoacan, tan conocido en Europa (1); del *Izticpatli*, tan celebrado por el Dr. Hernandez, y del *Amamaxtla*, conocido vulgarmente con el nombre de *Ruibarbo de los frailes*.

Tenian muchos eméticos, como el *Mexochuil* y el *Neixcollapalli*; diuréticos, como el *Agixpalli* y el *Agixtlacotl*, que tambien celebra Hernandez; antidotos, como la famosa *contrayerba*, llamada por su figura *Coanepilli* (lengua de sierpe), y por sus efectos *Coapalli*, esto es, remedio contra las serpientes; estornutatorios, como el *Zozoyatic*, planta tan eficaz, que bastaba acercar la raiz á la nariz para escitar el estornudo; febrífugos, como el *Chatalhuic* para las fiebres intermitentes, y para las comunes, el *Chiantzollí*, el *Ixtacxalli*, el *Huehuetzontecomatl*, y sobre todo el *Izticpatli*. Para preservarse del mal que solian contraer cuando jugaban demasiado al balon, solian comer la corteza del *Apitzalpatli*, macerada en agua. Seria infinita la enumeracion que podria hacer de las plantas, resinas, minerales y otras medicinas,

(1) La célebre raiz de Michoacan se llama en lengua tarasca *Tucuache*, y en mexicano *Tlalantlacuitapilli*. Dióla á conocer un médico del rey de Michuacan á los primeros religiosos que fueron á predicar el Evangelio á aquellos paises, curándolos de las dolencias que padecian. De los religiosos se comunicó la noticia á los españoles, y de estos á toda la Europa.